



JESÚS URIARTE

Un abuelo y su nieto dirigen sus miradas, el pasado viernes, a un ertzaina apostado en la parte vieja de San Sebastián.

Matar el miedo

La vida cotidiana en San Sebastián, la difícil tarea de sortear la dictadura de los fanáticos de ETA

El difícil ejercicio de sacudirse el miedo. De decir basta. De responder sin rodeos, después de tantos años de silencio y de vergüenza: "Sí, estoy en contra de los asesinos de ETA; ¿qué pasa?". Después, apretar los puños. Esperar que la pistola que acabó con la valentía de Gregorio Ordóñez se encasquille para siempre. Que los terroristas dejen de acusar, juzgar y matar al apretar el gatillo; al colocar unos kilos de explosivo debajo de un coche. María San Gil, la secretaria del político del PP que el lunes pagó con su vida la osadía de llamar a las cosas por su nombre, lo dijo apenas 24 horas después del atentado: "Ya, el único miedo que nos podemos permitir es el de volver a tener miedo".

Fue la señal. San Sebastián, todavía conmocionada, se dispone ahora a recu-

PABLO ORDAZ

perar la tranquilidad perdida. Aunque sea con más de 800 muertos de retraso. No se trata ya de un discurso político, sino de aplicar el sentido común a la vida cotidiana. De utilizar el diccionario para evitar las manipulaciones de Herri Batasuna, de Jarrai, de la Alternativa KAS o del diario *Egin*. Decir "asesinato de un policía" en vez de "intervención contra las fuerzas de ocupación"; llamar "asesino de ETA" al pistolero que en las pintadas que ensucian la parte vieja de San Sebastián es considerado "preso político vasco".

Los donostiarras, propietarios de una de las capitales más admiradas del sur de Europa, están decididos —así lo demostraron durante la manifestación pacífica del pasado martes— a rescatar la ciudad de la dictadura de los fanáticos. El método elegido parece fácil (colgar el miedo; disfrutar del mercado de La Brecha, del club Náutico, del paseo de los Curas o de

la playa de La Concha sin bajar la voz). Pero hay un inconveniente. Lo resaltó Javier Elzo, un sociólogo acostumbrado a auscultar a la sociedad vasca: "Estos chicos [los asesinos de ETA] siguen teniendo las pistolas...".

La ciudad, no obstante, ya ha iniciado sus ejercicios de rehabilitación. Éste es un recorrido apresurado por una sociedad que sueña con que la dejen vivir en paz.

8:00. MERCADO DE LA BRECHA

Hay odio en la expresión de Petra Etxebarria. Y en su pregunta, una declaración de guerra: "¿De verdad que ustedes, los españoles, se creen que las madres vascas parimos asesinos?". Sólo hace unas horas que un joven encapuchado de rojo mató a Gregorio Ordóñez de un disparo en la nuca. La multitudinaria manifestación de repulsa no sólo ha tambaleado los despa-

chos de Herri Batasuna (HB). También aquí, en el mercado de La Brecha, donde se reúnen cada mañana las merluzas más frescas del Cantábrico y los guisantes más aromáticos, está cambiando el orden de las cosas. Petra Etxebarria, una pescadera de 62 años, exponía antes sin tapujos la razón de su odio: "Mi yerno lleva 15 años en la cárcel por ser de ETA". Su resentimiento flotaba entonces sobre el mármol blanco de los mostradores sin encontrar obstáculos. Ahora empieza a ser distinto.

De eso se ha dado cuenta Javier Gabilondo, que, además de carnicero de La Brecha, es hermano de Iñaki, el periodista de la radio: "El asesinato de Gregorio ha caído como una bomba. Esto se ha llenado de tristeza, de pesadumbre". Después ha llegado la reacción, sorprendente por imprevista: "La gente ha empezado a hablar, cada vez más alto. Antes se encogía el

Pasa a la página 2

Viene de la página 1

cuello al pronunciar una frase comprometedor. Se miraba a un lado y a otro. Se medían mucho las palabras. Ahora hay cada vez menos miedo". O menos ganas de convivir con él.

9:00. CAFE EL RELOJ

Es inútil lanzar una pelota con fuerza hacia el cielo. Siempre terminará volviendo. También la fuerza de la gravedad devuelve esta mañana a María San Gil una y otra vez hacia el recuerdo de Gregorio Ordóñez. Ella estaba allí, en el bar La Cepa, cuando lo asesinaron. Otras veces —tantas y tantas desde que aceptó hace cuatro años ser su secretaria— habían empezado el día en el café El Reloj, en el boulevard de San Sebastián: "Despreocupado, siempre alegre; sin escolta". María tiene la respuesta de muchas preguntas recientes. La más repetida: ¿Por qué Gregorio Ordóñez, líder del PP de Guipúzcoa, azote continuo de ETA, el candidato a alcalde con más apoyo electoral, se paseaba a cuerpo gentil por San Sebastián, sin nadie que le cubriera las espaldas? María llora, y luego —o al mismo tiempo— sonríe: "El siempre decía que todos estábamos amenazados. ¿Quién le iba a hacer caso si por un lado predicaba plantarle cara a ETA y por otro se paseaba por su ciudad con escolta?". Dejó de llevar pistola un día que se la dejó olvidada en un teatro. Lo mataron.

Pero antes de su muerte —recuerda María— disfrutó de un placer extraño para los políticos de Euskadi. La gente se acercaba. Lo saludaba. Y, gracias al apretón de manos, el vecino de Oquendo —la calle que vio nacer a Pío Baroja— se sacudía el miedo; el de Urbieta le urgía una licencia de obras y hasta el militante de HB —sucedió días antes de su muerte— le pedía un cambio de destino para el hijo que acababa de entrar en la mili. María San Gil: "Gregorio había demostrado que se puede ser del PP sin ser pijo. Era religioso, pero aceptaba sin complejos a quien no lo fuera. Era, en fin, el hijo que todas las madres querían tener".

Rafael Mendizábal, autor teatral de San Sebastián, está seguro de que —a pesar de su muerte— Gregorio Ordóñez mantiene todavía un pulso con los terroristas: "En el momento en que los ciudadanos decidan por fin hablarle de tú al miedo, Gregorio se convertirá en una especie de Cid para San Sebastián: habrá ganado una batalla, la del miedo, después de muerto". José Eugenio Azpiroz, el sucesor de Gregorio en la presidencia del PP, está de acuerdo: "Ya se está dominando el miedo. Aunque por dentro se sigan ensuciando los calzoncillos. No hay que olvidar que todavía estamos dentro del túnel".

11:00. CLUB NÁUTICO

¿Miedo? Sí, miedo. Mucho miedo. Lo dicen ellos, que son capaces hoy —con la rabia intacta por la muerte de Gregorio— de posar a cara descubierta para el fotógrafo. Son 17. La mayoría —y lo resaltan con un cierto orgullo, como quien se vacuna contra los fantasmas familiares— no había nacido cuando Franco dejó de ejercer. Todos pertenecen a Nuevas Generaciones (NNGG) del PP, y a pesar de las siglas que manejan tienen un discurso de rebeldía. Patricia Yanci, 23 años, estudiante de Derecho: "Nadie va a venir de Madrid a solucionar nuestros problemas, o se conciencia el vecino del segundo y el dependiente del supermercado, o aquí estamos perdidos".

Son, por lo general, hijos de familia bien; de ahí en parte que conozcan de primera mano la angustia de vivir asediado en San Sebastián. "Lo gordo", cuenta Patricia, "no es que te maten: lo peor de todo es vivir con tu nombre escrito en la pared; con las persianas bajadas para que los terroristas no sepan si estás en casa; yo vivía en ese edificio de allí, y por las mañanas el portal parecía una concentración de guardaespaldas". Patricia no está dispuesta a heredar el miedo de sus padres.

Diego Apalategui, de 19 años, dice: "Los jóvenes de Jarrai actúan como una



Un grupo de jóvenes de Nuevas Generaciones del PP, el pasado jueves, en el Club Náutico de San Sebastián: herederos de Gregorio Ordóñez.

mafia. Hay que tener en cuenta que ahora la gente dura de ETA son los jóvenes. Sólo en Derecho hay más de 200 etarras encarcelados". María Eugenia Quevedo, la presidenta de NNGG en Guipúzcoa: "Queremos vivir con todo el mundo; yo tengo un amigo de HB que es muy buena persona. La mayoría no es así. Llevan el odio inculcado". Demasiado odio.

13:00. PASEO DE LOS CURAS

No siempre fue así. Debajo del maquillaje guerrero, San Sebastián oculta un pasado de dama burguesa, señorial, aristocrática; liberal ante el carlismo, complaciente con el general Franco, habitual visitante veraniego a bordo del Azor. Pero la ciudad que se divisa bajo el Paseo de los Curas —el mejor escenario para seguir con la vista a los botes que pescan el chipirón— cambió radicalmente el día que la marea, en vez de por mar, le llegó por tierra.

Años setenta. La ciudad se llena de gente procedente de la zona rural, donde durante décadas el acceso a la cultura sólo

fue posible cruzando la puerta de la Iglesia. De ahí que, con la crisis religiosa de la época, San Sebastián se vea desbordada por cientos de seminaristas sin salida, frailes sin vocación, sacerdotes que cuelgan la sotana. Unos se pasan a la política con la fe de los conversos; y otros se dedican a la enseñanza del euskara: durante la transición brotan ikastolas de debajo de las piedras. La semilla está sembrada. ETA aprovecha la oferta.

Los viejos donostiarras —clásicos, de derechas, hasta franquistas si es preciso— ven que entre el paisaje tradicional del café Guría y el Casino, entre los paseos interminables de La Concha y el almuerzo más interminable todavía en la sociedad gastronómica, entre el Náutico y la Hípica, irrumpe ahora una nueva mayoría de jóvenes radicales que convierten las calles —sobre todos las de la Parte Vieja— en una agitación permanente. Lo explica José Eugenio Azpiroz, el diputado del PP: "Fueron tiempos muy difíciles. Hace 10 ó 15 años, ser de derechas en San Sebastián era sinónimo

de estar apeestado. Eramos fachas y españoles".

No se sabe a ciencia cierta qué insulto encerraba más desprecio.

14:00. CALLE 31 DE AGOSTO

Mala suerte. El corazón de la parte vieja de San Sebastián se ha convertido en un arco de sangre. Una ciudad que sufre dentro de otra. No sólo la muerte reciente de Gregorio Ordóñez; también la del ex jugador de fútbol José Antonio Santamaría, y la del empresario José Luis Olarte Urresti. La muerte violenta les encontró coincidiendo. A los tres la muerte les sorprendió comiendo: en el bar La Cepa, Ordóñez; en sociedades gastronómicas, Santamaría y Olarte. También los tres gozaron de idéntico juicio —ninguno—, y de igual condena —el tiro, la sentencia de muerte inapelable—. El jueves, a eso del mediodía, un vecino se acercó para colocar un ramo de flores; los camareros, mientras, entraban y salían con cajas llenas de botellas. La redención a través de lo cotidiano.

JESÚS URIARTE

MATAR EL MIEDO

Una de las cosas que más impresionan de San Sebastián es su capacidad para superponerse a las contrariedades; parar pasar de puntillas por la tragedia. El miércoles, apenas 48 horas después del asesinato de Gregorio Ordóñez, el bar La Cepa abrió. Se llenó de gente que tixquiteaba (tomaba vinos) con —al menos en apariencia— absoluta tranquilidad. Rafael Munoa, anticuario, asesor de platería del Museo del Prado, advierte: "Hay que tener en cuenta que la situación no es nueva. Aquí se asesina a gente con demasiada frecuencia desde hace bastante tiempo. El detonante en esta ocasión, la gran alarma social causada, es porque Gregorio Ordóñez podía haber sido el próximo alcalde de la ciudad; un hombre conocido, apreciado por muchos".

El anticuario denuncia el deterioro progresivo, traumático en lo económico y en lo social, que la ciudad sufre desde hace 25 años: "Se ha seguido aquella política antigua del hijo enfermo, irrecuperable. El hijo que se metía en la última habitación de la casa para que nadie supiera de la vergüenza. Durante años aparentamos ser un país europeo, turístico, alegre; y resulta que teníamos dentro un problema muy grave. Un conflicto al que no se le pueden seguir dando prórrogas".

16:00. LIBRERÍA LAGUN

Al atravesar la puerta de la librería Lagun, en la plaza de la Constitución, sólo los iniciados se percatan de los dos carteles invisibles que presiden el lugar. Uno reza, con orgullo: "Desde aquí se luchó contra Franco". El otro sigue vigente: "Aquí se lucha contra ETA". Ignacio Latierra estaba entonces, y sigue ahora, 30 años en el corazón de la Parte Vieja, contemplando desde detrás de los libros los días de algarabía y también las jornadas de refriega; de picos que destruyen la plaza para arrojar piedras contra los antidisturbios, de disparos y de botellas llenas de gasolina y de metralla. "Alguna cayó aquí", sonríe Latierra. Y añade: "La sensación de tristeza, de pesadumbre que se palpa en la ciudad después del atentado del lunes no es sólo porque Gregorio Ordóñez era un personaje conocido, popular y populista, con mucho apoyo". La gente también sabe —lo cuenta el librero y lo refrenda cualquiera que quiera pararse a charlar— que el dirigente de ETA que haya elegido este objetivo está dispuesto a continuar, pase lo que pase. Sin importarle la reacción contraria de la calle —impensable si el muerto es un guardia civil o un policía—, sin preocuparse demasiado de la opinión de algunos sectores de HB, su sustento legal.

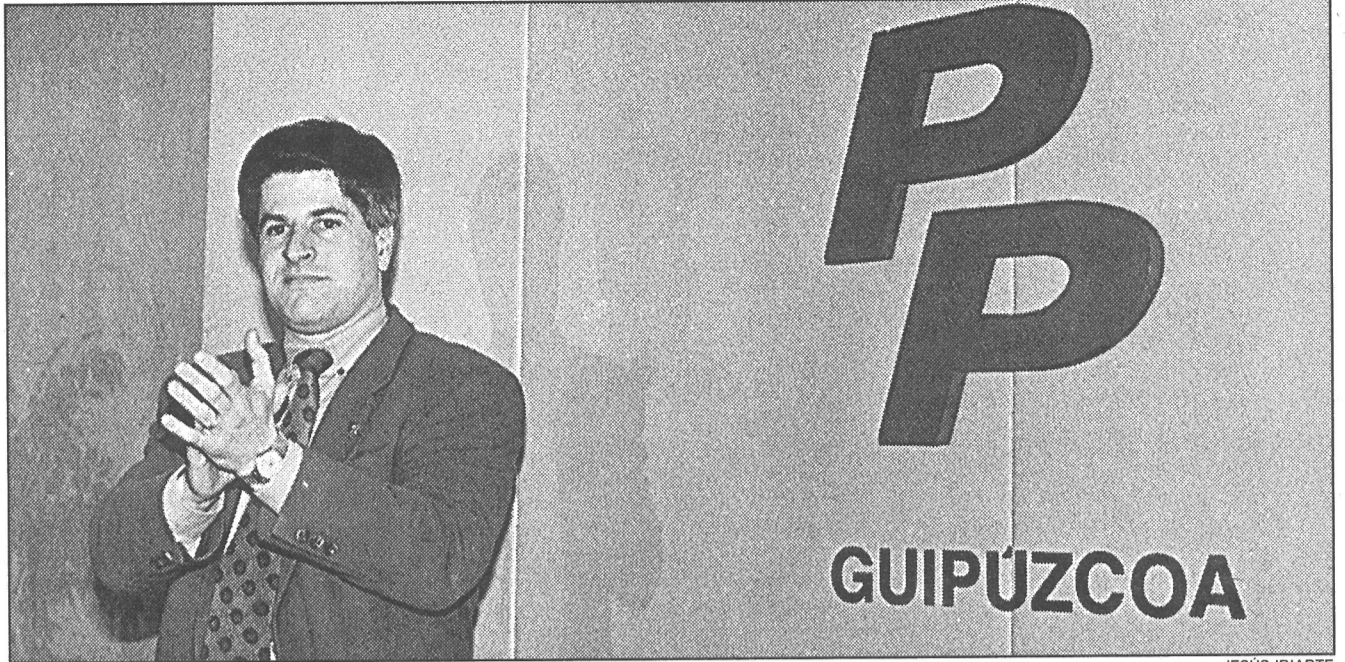
Las palabras de Ignacio Latierra suenan a catástrofe, pero también a análisis distante. Y lo explica: "Aquí, lejos de lo que se pueda pensar desde fuera, el clima de confrontación no es constante; de lo contrario sería imposible vivir". No obstante, el librero —militante del PCE hasta 1986 y parlamentario del PSOE en la anterior legislatura— admite: "Existe una especie de hartazgo. Se manifiesta gente que no lo había hecho nunca. La sociedad vasca quiere pronunciar de nuevo la palabra basta, pero que esta vez suene a verdad".

18:00 FARMACIA CASADEVANTE

"Yo he recibido cartas de ETA, y nunca he pagado. La última llegó un 13 de enero, no se me olvidará nunca". Arantxa Imaz Casadevante es la farmacéutica de la calle Garibay. Su fórmula magistral contra ETA siempre ha sido la misma: "Resistir. No sucumbir al chantaje".

Arantxa sólo abandonó este lugar para estudiar la carrera en Granada. Antes, de pequeña, cabalgaba sobre las sotanas de los jesuitas que vivían en la puerta de al lado, en un solar que con anterioridad albergó al circo de variedades. "Eran otros tiempos", añora Arantxa: "Mi pueblo hasta tenía buen humor. Cuando se clausuró el circo para acoger a los jesuitas, un guasón colgó un cartel en la puerta: 'Cerrado por traslado de compañía'. Ahora es impensable un gesto así".

Pasa a la página 4



Gregorio Ordóñez, teniente de alcalde del Ayuntamiento de San Sebastián, asesinado el pasado lunes 23.

JESÚS IRIARTE

El muelle de las brumas

JAVIER GURRUCHAGA

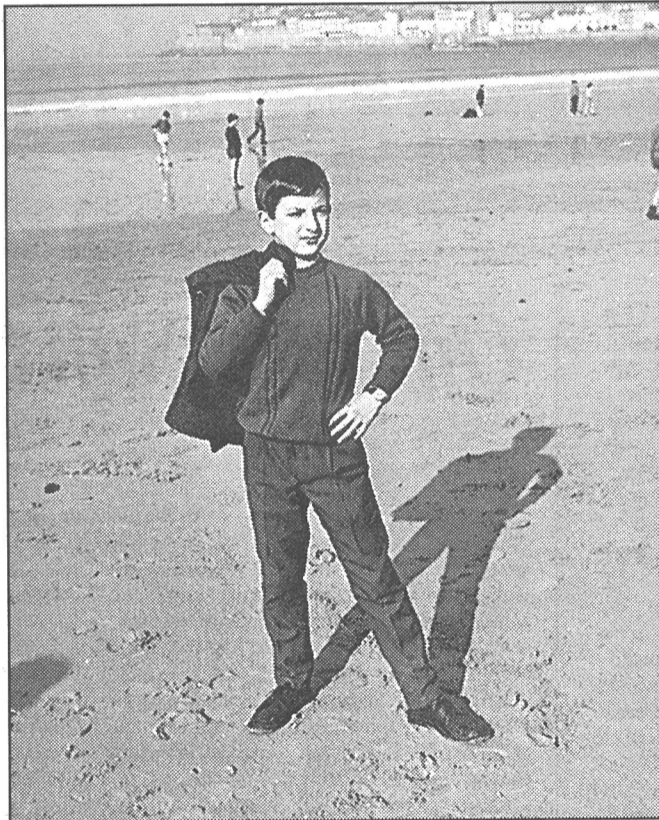
Ahí me ven, estrenando 12 años sobre la arena de la Concha, a espaldas de la isla del Tesoro, que es como llamábamos a la isla Santa Clara, con mis primeros pantalones largos, posando en mi casa. Mi casa era la calle. Ahora tengo 36 años y tengo miedo.

Antes me amedrentaban la miseria, las ratas y la represión de la dictadura franquista. Ahora me aterra mucho más la dictadura integrista, fundamentalista, de los que me señalan con el dedo por vivir en Madrid y cantar en castellano.

No se ven en la foto, pero están también, sobre la arena de San Sebastián, Gurruchaga, Iriarte, Echeverría, Múgica Eizaguirre, Aguirrezábal, Calonge, Zabaleta, los siete apellidos vascos herencia de mis padres. Todos ellos detrás de Ignacio Javier, que es mi nombre. Fui un niño pobre, hijo de un padre ferroviario y una madre cocinera, como sacados de una novela de Zola y un cuento de Flaubert. Pues bien, soy de izquierdas y tengo miedo, ya lo he dicho.

Esas calles de San Sebastián que para mí y para el Fernando Savater de *La infancia recuperada* evocaban tantas aventuras de la isla del Tesoro, esas calles ahora son las de *El hombre que sabía demasiado*, *39 escalones*, *Psicosis*, *Agente secreto* o de todas las películas de terror psicológico, que encajan perfectamente con el terror que yo sentí cuando estoy en Donosti, con la falta de relax, y como yo, muchos donostiarros. A cualquier hora en cualquier bar. Te pueden ajusticiar mientras comes un pincho de tortilla. Muchos pintores amigos míos, filósofos, cantantes, también tienen miedo.

Sobre esa arena de la Concha los niños jugaban al fútbol y competían en carreras a nado. Yo ni era bueno jugando ni nadando. Pero aprendí pronto lo mucho que se puede tardar en recorrer



Javier Gurruchaga, en la playa de la Concha, a los 12 años.

200 metros. Esa distancia insalvable era la que separaba al rico del pobre. Estaba la calle Zubieta, que es donde se ubican todas las villas señoriales, en la playa de la Concha, frente a donde yo poso. Pasamos a la calle de detrás, que es la de San Martín, clase media acomodada, y a la de San Bartolomé, donde están los pobres de clase trabajadora, donde vivía yo; 200 metros escasos.

36 metros cuadrados

En San Bartolomé vivía en un piso de 36 metros cuadrados. En mi colegio de Los Ángeles, nos preparaban para entrar en el banco. Los retretes estaban llenos de pintadas escritas con mierda. Los niños no teníamos papel para limpiarnos y los insultos al profesor no había más remedio que pintarlos así. Piruladas.

Todo ello envuelto en el

olor a *Tiempos difíciles*, de Charles Dickens, y en el tufo a pescado de una pescadería cercana. Muy lejos del olor a buñuelos que hacía mi madre para las casas de las villas señoriales. En algunas de ellas, en la otra parte de los 200 metros, entré por la puerta del servicio de la mano de mi madre. Había cuadros preciosos, de Zuloaga y muchos más.

Mis padres hablaban euskera. No me lo podían enseñar porque trabajaban y, como ya he dicho, mi casa fue la calle, mis amigos, gente que nunca tuvo dinero para estudiar en ikastolas donde se enseñaba euskera, hijos de gallegos y andaluces. Me gustaría hablar euskera, nunca es tarde. En los recreos íbamos al colegio de San Vicente, cerca de la calle 31 de Agosto, tan aciaga, donde mataron a Santamaría, jugador de la Real Sociedad, ajusticiaron a Olarte y, el otro día, a Ordóñez.

A los 14 años me coloqué en el banco, una cloaca asquerosa. Fue una experiencia peor que la de la mili. Con los primeros ahorros que saco de botones me pago los estudios hasta segundo de Geografía e Historia.

La adolescencia, sin chicas, sólo trabajo. Cuando pude me alisté de voluntario en la mili para elegir mi ciudad y poder quedarme en San Sebastián. Las niñas de la otra parte de los 200 metros olían muy bien a los hijos de las cocineras. Y yo tampoco tenía tiempo, entre el banco, los estudios y la música.

Me acuesto por primera vez con una mujer a los 20 años, también de un barrio pobre. Velluda, muy velluda, la chica. Pido excedencia en el banco y fundo la Orquesta Mondragón.

Empiezo a ser famoso. Me cogí el puente aéreo San Sebastián-Madrid, porque en Madrid se cocía todo en música. Siempre iba y venía en tren.

Españolista

Ahora por la calle me acusan de españolista. Qué ironía que a mí me lean la cartilla, cuando yo he querido aprender euskera, que me *tachen* de español y de vivir en Madrid.

Qué ironía, precisamente, con tantos vascos que hay en América, tan amante de la aventura que es este pueblo, qué ironía que ahora nos metamos en una habitación y nos encerremos nosotros mismos.

Hace unos años yo leí el pregón de carnaval. Me disfracé, por supuesto, de pirata. Quería recuperar lo mejor de la infancia.

Iba junto a un antiguo etarra y a mi amigo ácrata Popocho. Del Ayuntamiento de entonces, de los pocos que se acercaron a felicitarnos fue Ordóñez, que ideológicamente estaba en las antipodas de los tres. Qué pena.

MATAR EL MIEDO



JESÚS URIARTE

Cientos de donostiarros haciendo cola en el Ayuntamiento de San Sebastián para rendir su último homenaje ante el cadáver de Gregorio Ordóñez, asesinado el lunes 23 de un tiro en la nuca por un etarra.

Viene de la página 3

La farmacéutica se entristece. Dice sentirse "muy vasca, pero muy española también". Arantxa acaba de pronunciar la frase que despierta los demonios no sólo de la izquierda aberzale, sino también del resto de los partidos "no españolistas". Hay que elegir. O se es vasco, o se es español. El ser "muy vasco, pero muy español también" ha constituido siempre la frase insignia de la derecha vasca no nacionalista. Una expresión —argumentan sus detractores— que lleva implícita dosis generosas de fofoflorismo. Lo admite Fernando Zubikarai, un joven fotógrafo amigo del líder del PP asesinado: "Gregorio quería que la gente se abriera, que participara de todo lo bueno que tiene el País Vasco. Quería la *ikurriña* y el euskera, pero también las corridas de toros y las angulas, la bandera española y la tamborrada. ¿Por qué renunciar a alguna de las dos cosas?".

20:00. HERRIKO-TABERNA

Calle Fermín Calvetón. Parte Vieja de San Sebastián. Hace rato que es de noche. Las paredes están sucias de pintadas. Unas, en perfecto euskera, hablan del GAL, del PSOE cómplice, de los presos políticos vascos; de independencia. Otras sólo se acercan en el contenido, porque la única diferencia con el castellano es que la "c" ha sido sustituida por la "k", que es —según Fernando Savater— "la letra de afirmación nacional". Dice el filósofo donostiarra en un libro sobre la ciudad: "Hay pintadas que denuncian crímenes (de la represión) y otras kabronadas, que se solidarizan con los kamaradas, se kagan en el padre del gobernador civil y piden kategórikamente que los presos vascos salgan de la cárcel".

Dentro de las herriko-tabernas se respira un ambiente bélico. No hay ningún cartel que reserve el derecho de admisión, pero tampoco hace falta. Los jóvenes que se apoyan en las paredes empapeladas con fotografías de los "presos políticos vascos" exhiben orgullosos sus señas de identidad. Se trata, según Javier Elzo, un sociólogo experto en cuestiones vascas, de "la moda vestimentaria, a la que no esca-

Quiero a San Sebastián

JOSÉ MARÍA CALLEJA

San Sebastián es el apogeo de la esquizofrenia. La ciudad vive a horcajadas entre el regalo de la naturaleza y el preciosismo de muchos de sus edificios singulares y lo sórdido de alguno de sus habitantes; entre la evidencia de un alcalde socialista y el PP como partido más votado y la asechancia del fascismo vasco; entre la exquisitez de su amplio surtido de restaurantes y la bazofia de la dosis diaria de odio con la que algunos se alimentan.

Así, pasear por sus calles es caminar por una línea que puede ir del abrazo al ladrillazo; permite pasar, consecutivamente, del "aúpa, estamos contigo" del admirador cariñoso y mayoritario al "te van a limpiar el forro" del siempre atento vigilante-informador que no escasea. Si lo bueno de la guerra de Vietnam, según nos cuenta Forrest Gump, es que siempre había algo que hacer, el drama de San Sebastián (de Euskadi) es que uno tiene a veces la sensación —por ejemplo, ahora— de que no hay mucho que hacer para salir de esta película cien veces vista.

Los mariachis destajistas del terror se lo pasan bien, disfrutan con este descorado. Conscientes de que la práctica regular de la gimnasia violenta es lo más importante que les ha pasado en su vida, no están dispuestos a que la paz les reste un protagonismo que de no existir la banda armada jamás tendrían. Actúan por delegación del *doctor muerte* y saben que el fin de la violencia les condenará a la vulgaridad rutinaria que merecen por su condición. Por eso, no quieren que esto acabe nunca. No están dispuestos a no pasar a la historia.

Individuos que tienen la cabeza para separar las orejas pastorean, con vocación de furrieles de gueto, ciertas calles de la parte vieja como si de una *zona nacional* se tratase.

En esta ciudad de postal se escenifica la monstruosidad de una secta enquistada.

Se trata de un colectivo con su propio código, con los mecanismos de percepción de la realidad y de la historia seriamente dañados y con un sistema de valores perverso, en el que la muerte y dolor del otro se vive con la alegría del triunfo. Ni siquiera en los momentos en los que el horror se desparrama por toda la ciudad —como ahora, con la muerte del concejal con más voluntad popular detrás de él— el disco duro de esa secta deja de emitir el mismo sonido rayado. La mayoría de la ciudad, atenazada por el terror, ha vivido en silencio durante años, se ha comido la frustración y ha dejado el terreno libre para que la fiera creciera. Ahora, a golpe de atentado y de secuestro, pagando un precio carísimo, se despabila, habla en voz alta y trata de recuperar el tiempo y el espacio perdidos. El encuentro entre ambos mundos parece improbable, pues lo único que les une es el gusto por organizar comidas.

San Sebastián entroniza la esquizofrenia de acoger a miles de donostiarros, solazándose en la playa de la Concha, mientras un grupo de encapuchados le da fuego a un autobús municipal en el Boulevard. Todo ello simultáneamente y en dos escenarios separados por 300 metros. Donostia encaja la esquizofrenia de su noche de San Sebastián, del 19 al 20 de enero, con la imagen de un asesino, vestido con el gorro de cocinero, que le da un tiro en la nuca a una persona que cena en una sociedad gastronómica. (¿Por qué habrán asesinado a tantos mientras comían?).

Treinta y seis años después del primer crimen, hoy sigue siendo inasumible esa escisión de la inteligencia que permite que la muerte se enseñoree cíclicamente en una ciudad tan maravillosa. Pero quiero que sepan una cosa: a pesar de todo, quiero a San Sebastián.

José María Calleja, editor de la televisión vasca.

pan otros colectivos de índole política, musical". La principal diferencia, según los expertos, de la ETA de final del franquismo y la actual puede encontrarse, precisamente, en el interior de estos bares: los etarras son cada día más jóvenes. Menos, es verdad. Pero más radicales si cabe. Mal paisaje, advierte Elzo, si se tiene en cuenta que "estos chicos tienen las pistolas..."

El sociólogo confirma que "el miedo está ahí". Pero que ya lucía antes de que ETA empezara a matar. Miedo a la policía franquista y a la Guardia Civil, a los caballos de los grises. "Aquí —en toda España, pero aquí más— pasar por delante del cuartelillo era un trago malísimo para mucha gente".

23:00. HOTEL MARÍA CRISTINA

"Ustedes no nos entienden". Es una muletila. Pero tejida con muchas verdades. Es difícil comprender la tragedia de dos casos de una localidad cercana a Tolosa —es necesario ocultar el nombre por razones de seguridad— que se acercaron un día al presidente del PP en Guipúzcoa. Y le contaron: "En nuestro pueblo sólo hay siete votos del PP, y más de 100 de HB. Nosotros queremos votar a su partido, pero uno de nuestros hijos —militante de HB— ya nos ha advertido: como voteis al PP os quemamos el caserío". Quemar el caserío, o matar a policías, o a periodistas.

Es difícil de entender también que la ciudad —pese al terror de los fanáticos— siga estando entre las más hermosas del país. Por elegancia, por cultura, por paisaje, por cercanía a Europa. El director del hotel María Cristina, Ramón Felip, destaca: "Es imposible que alguien pueda comprender esta ciudad sin conocerla. Aquí, al margen del problema terrorista —cuyos objetivos son selectivos—, el ciudadano puede pasear tranquilo por la calle. Aquí, al revés que en el resto del país, apenas hay delincuencia ciudadana. No hay tirones, ni excesivos problemas con la droga. Yo estoy más seguro si mi hija vuelve de madrugada aquí que en Madrid o en Barcelona".

Son las doce de la noche. La ciudad aparece hermosa y tranquila. Dispuesta a seguir luchando contra el miedo.